



Unanimidad de vida y misión (“Vita Apostolica”)¹

Fr. Emilio Barcelón, O.P.

Entrecruzamos aquí aspectos de la Regla y de la Constitución fundamental. La comunión dominicana tiene un término de traducción exacta: la unanimidad, para que habitéis unánimes en casa [*“Ut unánimes habitetis in domo”*]. ¿Qué abarca, cómo se expresa, por dónde nos guía?

1º Unanimidad de vida: *“Lo primero por lo que os habéis congregado en comunidad es para que habitéis en la casa unánimes y tengáis una sola alma y un solo corazón en Dios”* (Regla 3). Este es el fundamento de la vida común. Es una unanimidad de proyecto de vida que envuelve nuestra existencia. *“Vivid, pues, todos unánimes y concordés y honrad los unos en los otros a Dios, de quien sois templos vivos”* (R 9). Cuando decae esta unanimidad de vida decae también la inquietud apostólica y a la inversa.

2º Unanimidad de espíritu evangélico: Su centro es el amor: *“Ante todo, hermanos carísimos, amad a Dios y después también al prójimo, porque estos son los mandamientos que principalmente se nos han dado”* (R 1). La comunidad dominicana y, por ende, su espiritualidad, se centra en lo que es el corazón del Evangelio: el amor. Se trate de una unanimidad teologal. Sin amor recíproco no hay experiencia de Dios ni vida en el Espíritu. Un amor a Dios que no se exprese en el amor a los hermanos no es evangélico. Y el amor a los hermanos es el yunque donde vivimos nuestro amor a Dios y nuestro amor apostólico hacia los demás.

3º Unanimidad de bienes: Todo de todos para el crecimiento de todos. Esto fundamenta nuestra libertad y disponibilidad apostólicas. Nuestra espiritualidad pasa y se encarna ahí: *“Y no tengáis cosa alguna como propia, sino que todo sea de todos... Pues así leemos en los Hechos de los Apóstoles: todas las cosas les eran comunes y se distribuía a cada uno según su necesidad”* (R 4). De este modo, sin pertenecernos nada, todo lo ganamos y nos pertenece. En esta unanimidad de bienes gritamos el valor del hermano y del hombre por encima de cualquier otro bien. Ello no quita la solicitud y atención a las necesidades comunes (R 30-40). Quien no cuida los bienes comunes, ¿cuidará de Dios?

4º Unanimidad en la aceptación: Nadie descalificado entre nosotros. *“Honrad los unos en los otros a Dios”* (R 9). Sin esta aceptación queda herida una senda hacia Dios. No puede ser auténtica nuestra vida espiritual. No hay crecimiento evangélico. La aceptación no admite excepciones. Para ser auténtica debe ser siempre recíproca. La aceptación evangélica postula la afirmación y promoción de las responsabilidades y dones personales de cada miembro (CF VI). *“No apaguéis el don del Espíritu”* presente en los valores personales de cada hermano. Se verá dañada la comunión y restada la fuerza de la predicación. Pero además, esta unanimidad se vive dinámicamente en estos signos o actitudes evangélicas que resumimos en una palabra: misericordia.

1) *Unánimes en la corrección* (R 19-29). *“Antes bien, no sois inocentes si por callar permitís que perezcan vuestros hermanos a quienes podéis corregir con una indicación”*. De este modo, la corrección es presentada como defensora de la caridad, para el crecimiento del hermano, y punto de encuentro interpersonal. A veces no practicamos la corrección, pero sí el comentario solapado. No nos atrevemos a corregir, pero sí a comentar. La corrección practicada y aceptada es expresión de una aceptación mutua que nos mantiene en la unanimidad.

2) *Unánimes en el perdón* (R 42-43). Cuando molestamos a alguien de cualquier manera, sobre todo en aquello que hiere su dignidad personal (injuria, maldición o acusación), se debe reparar el daño, y el ofendido debe perdonar con amabilidad.... El que no quiere pedir perdón o no lo pide de corazón, sin motivo está en monasterio.... (R 42). El perdón gana y redime al hermano. Toda la historia de salvación es una historia de perdón y de misericordia. ¿Cómo vivir o experimentar a Dios sin perdonar? ¿Cómo mantener la comunión apostólica sin él?

3) *Unánimes en el olvido de las ofensas* (R 41). *“No tengáis pleito alguno o terminadlo cuanto antes, para que la ira no crezca hasta convertirse en odio, y de una paja se haga una viga, haciendo homicida el alma. Pues así*

leéis: «El que odia a su hermano es un homicida» (Jn 1, 3, 15). Siempre comenzando y siempre confiando: esta es la actitud básica de quien olvida las ofensas, de quien no lleva cuenta en la agenda de su memoria del daño recibido. Éste realiza en verdad la unanimidad de aceptación, la predicará con convicción, y en esa vivencia saboreará el gozo de Dios.

5º Unanimidad en la observancia regular: Los elementos que configuran el carisma dominico integran el conjunto de las observancias regulares “*mayores*” a las que debemos añadir aquellas que los posibilitan, los guardan y los protegen. Se ha dado una cierta devaluación de las observancias regulares que configuran nuestro estilo de vida conventual. Unánimes, pues, en el seguimiento de Cristo, en la vida común, en los consejos evangélicos, en la celebración litúrgica, en la oración, en el estudio. Y unánimes en el silencio, la mortificación, el retiro o la intimidad, el hábito [LCO 1, IV]. Ellas determinan: nuestro estilo de vida, fundado por santo Domingo, nos ayudan en nuestra decisión de seguir de cerca a Cristo, nos permiten realizar con mayor eficacia nuestra vida apostólica; esas observancias integran la vida dominicana y la regulan mediante la disciplina común. Esos elementos determinan nuestra experiencia de Dios, es decir, nuestra espiritualidad; en su estima, amor y práctica va creciendo el hombre evangélico ideado por santo Domingo. En esto nos falta coraje y creatividad para que, sin renunciar a los valores, los adaptemos a nuevas formas.

6º Unanimidad en el ministerio apostólico: La predicación fue la pasión de santo Domingo, para esto instituyó la comunidad: para la predicación. Las necesidades de la Iglesia y de los hombres de entonces le llevaron, movido por el Espíritu, a asumir el ministerio profético. Recrear el entusiasmo evangelizador es una urgencia hoy para todos nosotros. Algunos hablan de la decadencia apostólica ante el refugio en seguridades e instalaciones personales. Está en crisis el coraje de la predicación, la valentía apostólica que guie el ministerio de los Apóstoles. Más aún, dado el equilibrio y la armonía de los elementos dominicanos esta crisis es, al mismo tiempo, causa y signo de la decadencia de los otros elementos. De este modo, cuando decae la vida común sufre detrimento la ilusión evangelizadora; y cuando ésta pierde fuerza en nuestro espíritu se ve deteriorada la vida común. Principio que podemos aplicar a los otros elementos de nuestro carisma. ¿Todos entre nosotros vibran por el celo o inquietud evangelizadora? ¿No existe un cierto repliegue, encierro, miedo... justificados de mil maneras? Nuestra experiencia de Dios pasa por la vivencia de este compromiso, se expresa en la predicación, y se ve promovida por ella. Es necesario recuperar la espiritualidad de una comunidad apostólica. Hablaremos luego de las exigencias espirituales de la misión comunitaria.

7º Unanimidad en la renovación permanente: esta unanimidad debe ser vital-práctica, no teórica o retórica. Unánimes en un espíritu de renovación, conversión, adaptación... desde la fidelidad a la esencia de nuestro carisma (VIII). Lo contrario es parálisis. Santo Domingo no quiso una comunidad estancada en el tiempo, sino una comunidad de presencia en las necesidades concretas de cada generación, de cada tiempo. No siempre se da unanimidad entre nosotros al respecto. Es más fácil la instalación, la comodidad, el conservar que el cambiar. Me duele que nuestras generaciones mayores se resistan a la renovación, pues ellos, por haber experimentado más el carisma dominicano deberían impulsar las exigencias de una renovación permanente. Ellos tendrían que ser la vanguardia y los eternos incómodos para el bien de la predicación. También por aquí pasa nuestra experiencia de Dios. La unanimidad en este aspecto es un reto y una meta a alcanzar desde una autocrítica permanente que nos deja siempre insatisfechos para mejorar el anuncio de la Palabra. Tal vez sea necesario despojarnos de una cierta mentalidad farisaica: ya lo hacemos todo bien, ya somos perfectos; por ende, no necesitamos cambiar. ¿Encontramos a Dios ahí? Nuestra oración debe transformarnos y dejarnos siempre evangélicamente inquietos y abiertos para mejorar y crecer, es decir, cambiar.